



Lo sagrado

Su función al inicio y al final de la adolescencia*

Departamento de Bebés, Infancias y Adolescencias de APdeBA

Ciclo 2026

Territorios contemporáneos del psicoanálisis de las infancias y adolescencias

Carlos E. Moguillansky

Coordina: Graciela Andrés y Mariana Cura

En principio darle las gracias que estés acá, gracias a todos por la presencia. Creo que lo conocemos muy bien, pero no está de más recordar un poco.

Carlos Moguillansky es médico, psiquiatra y psicoanalista, miembro pleno de APdeBA, miembro de FEPAL y de IPA.

Carlos Moguillansky: Lo que tengo ganas de contarles y compartir con ustedes son algunas ideas sueltas, a lo mejor un poco desordenadas, sobre el lugar o el papel o la función de lo sagrado en la adolescencia. Es un tema que vengo trabajando hace tiempo y vamos a ver qué sale.

Les voy contando un poco lo que fui pensando a propósito. El tema de lo sagrado se me fue ocurriendo primero a partir del estudio de la posesividad. Hay algunos trabajos míos en los que desarrollé la cuestión de la posesividad, sobre todo vinculado con algunos trastornos adolescentes comunes, como los trastornos del acceso a la sexualidad o de trastornos, así llamados trastornos alimentarios, que no lo son.

En fin, este tipo de cosas en general están fuertemente vinculadas a fenómenos posesivos de la familia. Esto me llevó a trabajar mucho sobre la noción del superyó sádico. Les cuento un poco el recorrido que fui haciendo.

* Ateneo 15 de abril de 2026.



¿Por qué había un cambio en la función del superyó a lo largo de la adolescencia? ¿Por qué la adolescencia era tan importante en los cambios que producía en la función super-yoica? ¿Por qué era más común ver el superyó sádico en los inicios de la adolescencia que al final? ¿Y qué pasaba con ese régimen de prohibiciones que suele haber en la niñez y en la adolescencia temprana que se transforma en un régimen de sugestiones, de sugerencias en la adolescencia tardía y la adultez?

Este era el panorama por el cual me involucré con el tema de lo sagrado. Lo primero que tengo para decir es que lo sagrado es tomado por Bion en una frase, como suele pasar con Bion, que está en el libro *Transformaciones*, en donde él dice que no es lo mismo encontrarse con Dios que ser encarnado por la divinidad. Frase oscura si las hay. Pero que van a guiar todo el recorrido de lo que tengo para decir.

¿Qué es enfrentarse con Dios? Enfrentarse con un semejante, con un igual al hombre, nada más que con más poder, con más perfección, lo que llamaríamos un yo ideal.

¿Qué es la divinidad? Ya no es un semejante, es una representación, es una potencia. Entonces, claramente, la diferencia que está tratando de proponer Bion entre Dios y la divinidad es una diferencia entre el poder y la potencia.

Un tema que me ocupó hace unos años con algún otro trabajo. Esto lo planteo de entrada como para que vean para dónde quiero ir con estas cosas que les quiero contar. La invocación de lo sagrado en el humano siempre fue la búsqueda de una solución ante un misterio desconocido.

Entonces, desde Osiris e Isis hasta Quetzalcóatl, o cualquiera de las imagerías divinas que se les ocurran, son teorías y son invocaciones a un ser sobrenatural que venga a resolver o a explicar las cosas que el ser humano no entendía o no entiende. No es sólo una teoría, sino que también es una asistencia, es una invocación. Se invoca un poder o se invoca a un ser sobrenatural que resuelva, salve a alguien en problemas de los inconvenientes que tiene. Desde explicar la salida del sol hasta explicar los dos misterios más llamativos de la vida humana, que son el acceso a la sexualidad y el acceso a la procreación. Ustedes saben que en ese sentido lo sagrado ha sido estudiado como un régimen de creencias. El primer estudio más o menos fuerte que hay sobre esto es el de Émile Durkheim sobre la religión, donde él dice sencillamente que es un sistema de creencias acerca de lo sagrado y lo profano. Después se involucró Mircea Eliade con esta misma cuestión y un poco se despegó de la temática de la religión y más bien mantuvo la tensión entre lo sagrado y lo profano. ¿Cuál es esa tensión? Sencillamente que lo sagrado es algo que queda apartado, que queda investido con una significación singular y queda apartado del intercambio.



¿Cuáles son lugares sagrados de nuestra cultura común? No sólo las iglesias, los museos, los monumentos, las instituciones, APdeBA, el encuadre psicoanalítico. Todos estos lugares que parecen tan disímiles funcionan como ámbito, como *custodia*. No sé si saben qué quiere decir custodia.

Custodia es el lugar donde se guardan los utensilios religiosos. De ahí viene la palabra custodia. Lugares de custodia. ¿Custodia de qué? De un bien, de un bien intangible.

Empecemos por el más interesante, la sexualidad infantil.

La cultura se encarga desde hace mucho tiempo de custodiar la sexualidad infantil. ¿Qué quiere decir eso? Que se la aparta a la sexualidad infantil del intercambio sexual y se la sacraliza. Vale decir que el tabú de la virginidad no es sólo el tabú del himen que describe Freud en *Psicoanálisis de la sexualidad o de la vida erótica*, sino que el tabú de la virginidad es el tabú de la vida sexual infantil. Vale decir que es una zona de prácticas y de actividades, de zonas corporales y de experiencias que debe quedar al margen, que debe quedar apartada del régimen usual. Esto quiere decir que un bien tan importante como la sexualidad infantil y los problemas del abuso, es curioso que quede bajo la custodia de un tabú. Y ese tabú ha funcionado durante mucho tiempo como una de las mejores garantías de la cultura humana para custodiar ese bien familiar, social, como quieran llamarlo.

Esto quiere decir que lo sagrado no es sólo una cuestión religiosa. Y de hecho yo no la pienso tomar por ahí. Entiendo que hay mucha gente que puede resultarle interesante estudiar lo sagrado desde el punto de vista religioso. Yo lo voy a estudiar o lo voy a proponer estudiar con ustedes desde el punto de vista psicoanalítico. Y entonces, lo sagrado es una creencia. Y eso es decir mucho.

En el sentido de que si es una creencia, no es una operación represiva. Las creencias, según ya nos enseñaron Octave y Maud Mannoni, en ese hermoso trabajo que tienen sobre las creencias, dicen que la creencia es una formación defensiva en la que tiene un formato que es: Esto es así, pero no es así. Las brujas no existen, pero que las hay, las hay. Y si no, los invito a pasear por algún cementerio esta noche. Seguramente nadie iría. ¿Por qué? Porque todos tenemos creencias. Y todos le atribuimos a ciertos objetos una condición o una cualidad de objetos excepcionales con una investidura especial. Por eso es que yo propongo no sólo señalar que lo sagrado es una creencia, sino que además es una idealización.

Es decir que los objetos sagrados son objetos idealizados. Y sobre todo hay dos objetos idealizados en psicoanálisis de particular interés. Uno es el fetiche y otro es el talismán.

Y lo que vamos a ver en la clínica es que muchas veces la clínica de adolescentes está poblada de talismanes y de fetiches.

¿Qué es un talismán? Todos lo sabemos. Es la lámpara de Aladino, la varita mágica, Campanita, el personaje de Peter Pan. Vale decir, aquello que transforma una potencia en un poder. Eso es un talismán. Y acá volvemos a encontrarnos con el tema de la potencia y el poder en el sentido de que una de las cuestiones que propone el problema de lo sagrado es que la impotencia ante la potencia invita a ejercer el poder.

No es un destrabalenguas lo que estoy diciendo. Me refiero a que frente a la dimensión involuntaria de la sexualidad potente que necesita inspirarse, se puede transformar esa sexualidad en un poder. Es decir, en un ejercicio del poder que transforme esa actividad ya no en una sexualidad emocional sino en una destreza. Y que entonces la sexualidad sea una destreza como tantas otras destrezas en donde si uno ensaya y se entrena, cada vez puede un poquito más.

Como régimen de creencias, esto está por fuera de la represión. Las creencias son estrategias defensivas, estructuras defensivas que están por fuera de la represión. Eso las aproxima a un contacto laxo con la realidad, como el tema de las brujas. O como el temor irracional que tenemos a los cementerios. Vale decir, estamos en un régimen que no es resuelto por la reflexión racional.

Por esto es que este régimen de creencias no sólo forma parte de las religiones habituales conocidas, sino que forma parte de los esoterismos, de toda la dimensión esotérica del espíritu humano. Que puede ir desde curar un empacho, hasta usar una cintita colorada para resolver el mal de ojo, hasta lo que ustedes quieran. Tocarse el seno izquierdo o el testículo derecho, no me acuerdo bien si es así o al revés, pero es algo de eso.

Este régimen de creencias, algo esotérico, algo supersticioso, está en una zona de la vida psíquica que, sin ser muy grandilocuente, yo lo voy a llamar "loco". Y en esto estoy bastante más mansito que muchos otros que los llamaron psicóticos. En la década del 60 del siglo pasado, Bion, Bleger, Meltzer, Rosenfeld, siguieron la idea de Freud de la parte psicótica de la personalidad.

La parte psicótica de la personalidad no es otra cosa que este mundo esotérico, este mundo que está por fuera del régimen racional, del régimen represivo, y que está habitado o pululado por esta serie de objetos fetichizados que van desde los dioses penates de los griegos hasta nuestras fotografías. Desde las imágenes religiosas hasta nuestros adornos. La fetichización está a la orden del día prácticamente en todos los lados de la cultura, no es tan difícil poder ubicarla cuando uno empieza a mirar un poquito. Cada vez que uno se encuentra con algún objeto que es un poquito llamativo, uno dice, esto ya no es un objeto usual del uso cotidiano.



Yo podría decir que acá en este consultorio debe haber tres o cuatro cosas que seguro que son fetiches. Algún objeto de mi familia, algún regalo que me hizo un paciente, una maderita que más de uno que supervisó conmigo sabe que hay que tocarla de vez en cuando, cuando viene una desgracia. Estos son fetiches. Todos, de alguna manera, somos usuarios de lo sagrado.

Me interesa volver a la frase de Bion, pero ahora la vamos a mirar desde Freud en *Tótem y Tabú*. Freud nos cuenta un cuento antropológico difícilmente creíble, pero es una linda historia en la cual él dice que hay una horda de monitos, la horda de los hombres primitivos, en donde había uno que era más igual que los demás, era más poderoso, y encima tenía a todas las chicas. Esto lo hizo un personaje superior a los demás, el personaje ideal, el yo ideal de la manada, el líder. Freud, con su estilo algo decimonónico, lo llamó *padre primordial* (*der Urvater* en alemán).

A los otros monitos envidiosos de estas delicias que tenía el padre primordial, les pareció que lo más lógico, razonable y justo era matarlo. Y así lo hicieron. A un semejante ideal, hay que matarlo. ¿Para qué? Para poder gozar de esto que él goza. Lo que propone Freud más llamativo, más interesante es que este complejo fraternal entre pares que ocurre entre todos los monitos con el monito que se las sabe todas, se transforma con la muerte del *Urvater*. La muerte del padre primordial genera dos efectos llamativos. Aparece el Tótem y aparece el Tabú. El tótem no es otra cosa que una representación. Es supongamos un animal totémico. Por ejemplo, el puma, el tigre, el león o el mono. En general, eran animales, pero también podían ser vegetales. Es decir, algún objeto del entorno que servía para nominar al grupo.

Entonces, esa manada de monitos, esa manada de seres primitivos, pasaba a ser el clan del jaguar, el clan del tigre o del camello. Y la otra cosa que pasaba, además de este tótem que nomina, esta representación que nomina, da apellido a los monitos, aparece el tabú.

¿Qué es el tabú? Un régimen ético. Aparece una prohibición. No muy distinto de los tabúes que tenemos hoy. No es cuestión de andar jorobando, pero revisen un poco desde Pascua hasta Pesaj, y ahí tenemos un montón de tabúes. Hay cosas que no se pueden comer, hay cosas que sí hay que comer, etc. Es decir, no estamos muy lejos en nuestra cultura de aquello. Y este régimen cultural del tótem y del tabú, es también un régimen *cultural*. Es decir, es un culto, es una práctica ritual que nos predispone bien con un ser sobrenatural, de nuevo. Volvemos por la vía del rito, por la vía del culto, por la vía del tabú, por la vía del conjuro. Desde tocar madera hasta no comer harina en Pesaj, o no comer carne en el Viernes Santo. Seamos ecuanímenes con todas las religiones. Tiene esta dimensión de llevar a cabo una obra de una ofrenda o un sacrificio.



Entonces, todo este régimen sagrado tiene no sólo prohibiciones, sino que también tiene un sistema de intercambios ligado a las ofrendas y a los sacrificios que se tiene que hacer a un ser superior. Desde cualquier ofrenda a una figura endiosada hasta si ustedes quieren, el humilde ramo de flores que le llevamos a nuestra amada. O la botella de vino que llevamos en una cena. El kilo de helado para los que no toman vino. Ofrendas, regalos, congracias. Es decir, modos de congraciarnos, de conseguir la voluntad del otro. En este caso la voluntad de un ser superior.

Lo que a mí me llamó la atención en el estudio de adolescentes es que esta transformación de un semejante en una representación la veía en la adolescencia. Y veía como las figuras de los padres, seres idealizados, pero al mismo tiempo semejantes a lo que por lo menos un niño iba a ser cuando fuera grande. "Vas a ser grande como papá, vas a ser grande como mamá". "Vas a poder como papá, vas a poder como mamá". Se transformaba en una representación, supongamos, algún valor. Ser honesto, ser solidario, ser curioso, ser bueno. Por citar algunos de los valores que me parece que forma parte de mi valija. Valores que cada uno tiene en forma distinta, no son inculcados por la cultura. Surgen en la evolución familiar, como una especie de sublimado, como una especie, ya veremos cómo, de aquello que estaba asociado a las figuras de los padres.

Entonces hay un fenómeno llamativo en el campo ético adolescente, y es que aquello que está como una cualidad de los semejantes, en este caso los padres, pasa a ser una representación abstracta que opera de otra manera. Los padres operan por la vía de la prohibición, mientras que estos valores, estas representaciones abstractas, no operan por prohibición. Operan por inspiración. "No me sale ser de otra manera". "No me da para hacer algo que no va conmigo". Esta transformación fue entendida como una identificación. Freud, de hecho, la entendió como una identificación. El superyó era la identificación con la figura de los padres. Klein lo vio esto como una introyección. Y me parece que el que hizo una diferencia fue Meltzer con la noción de identificación introyectiva.

La Identificación introyectiva es una operación compleja, que no creo que sepamos explicar demasiado bien, pero que transforma a un objeto real, a un semejante, por ejemplo a un otro humano, en una musa. Beatriz, la amada oculta de Dante, se vuelve musa de él. Yo creo que todos tenemos musas. Esta musa ya es una representación. Y la operación que produce ese cambio es una operación que tiene algo de duelo y tiene algo de construcción simbólica. Yo no sé si sé cómo es, pero es por ahí.

Me parece que falta todavía que sigamos desarrollando el mecanismo íntimo de esta identificación introyectiva. Quiero volver a un elemento clínico clave de todo esto, que es la posesividad. Y que fue posiblemente de las primeras cosas que me llamaron la atención cuando me metí con este tema.

La posesividad muchas veces se confunde con el amor. “Te quiero, te amo, te deseo, *je suis tout à toi, je suis tout à vous*”. Lo digo en francés porque me parece que es como verdaderamente suena: “Yo soy todo tuyo o soy todo suyo”.

Ese “soy todo tuyo, soy todo suyo”, es una entrega que se transforma en posesión. Y esta posesión se las trae. Les diría que es un tema incluso casi más complejo que el tema de lo sagrado.

La fidelidad no es propia del amor, es propia de la posesividad. El amor se guiaría por el deseo, se guiaría por la atracción, se guiaría por la demanda, por el atractivo. La fidelidad se guía por la obligación.

“Soy todo tuyo si sos toda mía”. Hay un intercambio, una suerte de contrato implícito de posesiones cruzadas. Esto que vale en la pareja amorosa está muy en el tapete en la familia. Y se ve muy a menudo en los estadios tempranos de la adolescencia. Tiene un doble formato que me interesa destacar, y es que ser poseído por otro encierra, y puede producir fobia al encierro, vale decir claustrofobia. Y ser liberado de otro, o desposeído de otro, abandonado por el otro, te deja como cuando vinimos de España, sin recursos. Y esto produce inevitablemente agorafobia.

Entonces, como ustedes ven, el régimen posesivo que se tiene entre los adolescentes y los padres, este régimen de fidelidad tan frecuente de ver entre los chicos y las chicas y los padres, tiene dos polos, el polo de la claustrofobia y el polo de la agorafobia, según se realice o no un hecho psicológico que no tengo ninguna duda en describir como una traición. El abandono siempre es una traición, siempre es una ruptura de una promesa. Ahí se acaban las ofrendas, se acaban los sacrificios, y aparece este que me dejó, esta que me dejó. La traición es la operación que debe ocurrir, y que de hecho ocurre en muchos análisis, cuando un adolescente logra debutar. El debut es una traición.

¿En qué sentido? En que el debut brinda al o a la joven, las herramientas subjetivas para liberarse de la posesividad familiar. Sus ideas ya son propias, ya no son las ideas de papá o las ideas de mamá. Sus deseos ya son propios, ya no son los deseos de papá o de mamá. Sus acciones y sus decisiones ya son propias. Como ustedes ven, este proceso es gradual. No siempre tiene este valor de clic histórico datable, sino que muchas veces el debut se va como programando, preparando, en el curso de la vida de un chico o de una chica, que paulatinamente se va siendo cada vez más dueño de sí mismo y de sus proyectos, de sus planes, hasta que finalmente accede a decir, “mis ojos son míos”, como diría un nieto mío. Estábamos jorobando porque los ojos de él se parecían a los del abuelo, a los de la abuela, pero no, él dijo “mis ojos son míos, no son de nadie”. Esto, “mis decisiones son mías”, es absolutamente decisivo a la hora de este cambio subjetivo que es llamado debut.



Quiero contarles algo más, para que podamos después arrancar la discusión, que son tres formas que he encontrado de lo sagrado, en la adolescencia por lo menos. Creo que no son tributarias de la adolescencia, me parece que valen para otras etapas de la vida.

Una es la posición del amo, del señor, del propietario. Un amo es básicamente un propietario. ¿Qué quiero decir con que es un propietario? Con que posee algo de los súbditos. Ese amo puede ser desde una novia, hasta un padre, hasta un patrón, hasta una hermanita, hasta un perro o una mascota. Pero básicamente es un propietario. Posee y decide sobre la voluntad del súbdito. Por eso es que la relación del amo es con el esclavo, como dijo Hegel, es con el siervo. Y la relación es básicamente una relación de poder. Se teme el poder del amo. Se teme desde el castigo de Dios, hasta el castigo del padre, hasta el castigo de la novia, hasta el castigo del novio, hasta el castigo del perro. En oposición al amo está el débil, cuya estrategia ya no es la del poder por el campo de la fuerza, sino que usa el poder de la debilidad.

Ustedes saben que yo tengo un trabajo sobre el poder de la debilidad, donde desarrollé esto. El débil logra un dominio sobre los demás a través de la culpa. Leyendo a Bleger, me encontré con una idea de Willy Baranger que me pareció muy oportuna, que es la idea del muerto vivo.

Willy Baranger propuso, allá por los años 50 o 60 en APA, la idea del débil como un muerto vivo al que hay que cuidarlo para que no se muera. Y ejerce un tremendo poder por esa vía. El capítulo 2 de Bleger, de *Simbiosis y Ambigüedad*, es sobre una novela que algunos habrán leído, *El reposo del guerrero* de Christiane Rochefort.

El personaje masculino de esa novela es un muerto vivo, que ejerce su poder y la tiene dominadísima a la que se vuelve luego la novia de él, a través de esta debilidad inicial con la que él se presenta en la relación. Pero la tercera forma es quizá la más interesante de todas, que la llamé la posesión. El personaje de la posesión, ya no de la posesividad sino de la posesión, es el diablo, lo opuesto a lo sagrado.

¿Qué diablo? Cada uno de nosotros. El diablo que somos, el diablo pulsional, el diablo que tememos que se dispare, ahí donde no lo podemos controlar. El diablo que nos puede poseer. Poseer en el sentido de dominar nuestra voluntad. No es cualquier posesión, es la posesión de nuestro deseo. Esto, que es una fantasía universal en cualquier adolescente que ustedes vean, es el miedo al descontrol, que muchas veces se juega en el consumo de drogas que es una suerte de descontrol experimental controlado. Entonces me fumo un porro o me emborracho, para tener un descontrol químico controlado, que me permita decir que no soy yo sino el diablo el que me dominó. No sé si había muchas drogas en el siglo XVII, pero en la posesión demoníaca del siglo XVII que describe Freud, el personaje ya es directamente el diablo, y el pintor Haizmann le echa la culpa al diablo de las cosas



que le pasan. Es un hermoso trabajo de Freud, no sé si lo han leído, si no, se los recomiendo para un buen fin de semana que llueva porque pinta con toda claridad este tipo de fenómenos que en realidad no son del siglo XVII, son del siglo XXI en el sentido de que forman parte, diría yo, de la clínica o de la psicopatología cotidiana de cualquier consultorio.

En los temores de cualquier pibe o cualquier piba a vérselas con lo que los Laufer llamarían su anormalidad. ¿Qué es eso de la anormalidad? Es estar tentado, la famosa tentación de la serpiente, por alguna fantasía o por algún régimen pulsional que me ponga de pica con el barbudo, con Dios. Entonces, el temor al descontrol tiene esta forma singularísima de lo sagrado que es la posesión demoníaca.

Me estoy dando cuenta que yo estoy poseído por mi deseo de comunicarme y ya son las 2 de la tarde, voy a parar. Me quedan muchas cosas por decir, pero será para otra vuelta, chicos.

Discusión

Mariana Cura de Dodds: Es súper interesante, creo que hay un montón de cuestiones que surgen. Pensaba en este conflicto entre este superyó familiar del adolescente y esto último que planteabas sobre este miedo del adolescente que es tal cual, en el consultorio creo que lo vemos ahí. Vamos a dar inicio a la discusión. Vamos a coordinar con Graciela Andrés.

Daniel Glasserman: Primero, gracias Carli, como es habitual por las ideas que tantas veces nos funcionan como musas a tantos.

Dos cuestiones para ir empezando a discutir algo. Pensaba en qué medida, primero, esto que vos traés acerca de lo sagrado o de este régimen de locuras privadas, en qué medida lo estás planteando como algo de cierto momento de la vida, no sé si evolutivo, pero de cierto momento de la vida, como si estos objetos fetichizados, idealizados, tuviesen cierta condición de objeto transicional. En cierto momento es más necesario eso, o tal vez este planteo va más por un lado en algún punto más estructural, en el sentido de que cuando todos funcionamos así, estaríamos funcionando más como un adolescente.

Es una cuestión, no sé si tiene que ser una o la otra, pero se me ocurría en torno a estas cosas que planteás, cómo podrían ubicarse en relación a eso. Y después también, si pudieras comentar algo más en relación al lugar del análisis en el sentido de esta transición entre lo sagrado y la identificación introyectiva, que me recordaba también al pasaje tan

conocido de Bion, entre PSD. No digo que sean equiparables, pero que hay algo de ese pasaje.

¿Qué tiene que ver un análisis o de qué manera opera un análisis en este debut, en esta traición desde las creencias y lo sagrado hacia una identificación introyectiva? En el sentido de que todos sabemos que es muy difícil operar sobre la creencia, como vos decías, no es lo reprimido, no es que nos lo vamos a encontrar más o menos desplazado en un decir y con un fácil abordaje.

Entonces, ¿cuánto tiene que ver un análisis con esa tradición y de qué manera se aborda? Como preguntas abiertas, entiendo que son cosas un poco amplias de responder, pero para comenzar la discusión.

Graciela Andrés: Gracias Carli por estar hoy. Me quedé pensando, por un lado, vos mencionás algunos valores familiares, hiciste un recorrido entre Freud, Klein, Meltzer, muy interesante, y nombraste valores como lealtad, honestidad, y lo linkeé después, o intento hacer un link, con la última categoría de lo sagrado, que me pareció tan interesante, y me pregunté en qué lugar se corta esto, porque en realidad, yo creo que la clínica del adolescente de hoy está bastante vinculada a esta última idea de lo sagrado, que me pareció muy interesante, y pensé, si hay puentes entre una idea y la otra, ¿dónde se rompen los puentes en todo caso?

Mónica Zac: Te quiero agradecer porque la verdad que me pareció muy interesante tu exposición, lo que estuviste transmitiendo, cómo nos fuiste llevando desde los conocimientos que todos tenemos más generales, a esta idea que vos estás desarrollando, acerca de lo sagrado, y de cómo vos ves la adolescencia y el desarrollo de la misma, porque yo te escuché en otras conferencias cómo se ha ido complejizando este pensamiento tuyo, y hay algo que particularmente me interesó, por cosas que estoy pensando en este momento, cuando vos decís esto de ser poseído, fobia, claustrofobia, y ser desposeído, abandono, agorafobia, porque en la clínica uno ve mucho este interjuego de esta ubicación de los pacientes, o porque hay un exceso o porque están totalmente desamparados y solos. Y esta situación del debut como algo de posibilidad de salida y que uno va tratando de ayudarlos a construir en el análisis, la posibilidad de ubicarse de otra manera, depende cómo son estas características a veces se vuelve cada vez más difícil. Por eso, me gustaría que te explayas más un poco sobre eso.

Valeria Apel: Me gustó mucho, me hizo y hace pensar toda esta exposición, las teorías y la interacción de distintos pensadores pensados por Carli. A partir de esta frase que dijiste que "la impotencia ante la potencia invita a ejercer el poder", me surgen distintas perspectivas para pensar ese tema y tal vez confluyen en lo mismo. Una es, ¿por qué tan opuesto el diablo con lo sagrado? Lo sagrado entendido como custodia y a partir de estos

dos polos que en realidad podrían estar oscilando del diablo y la custodia internamente en el adolescente todavía en construcción, cuando traés el tema del tótem, la prohibición y el castigo representando lo sagrado, lo prohibido y el poder pensar a partir de la teoría del superyó esta idea de lo sagrado que custodia pero que puede no desacralizarse nunca. Y ahí termina como vos decís siendo locos o introyectar padres locos, figuras locas alienadas como diablos sagrados.

Carlos Moguillansky: Me parece que la pregunta de Valeria resume varias de las que antecedieron y por ahí sirve para abrir un poquito más la discusión. Mi respuesta la voy a llamar: "En defensa del diablo". ¿Por qué? Porque al fin y al cabo, el diablo tal como yo lo presenté en la exposición de recién no es otra cosa que nuestro acervo pulsional lo que el animalito de Dios que somos o el animalito del diablo que somos, con los deseos que tenemos, organizados o no, controlados o no, impulsivos o no, etc. Entonces, una cosa para plantearlo bien claramente en la clínica así esto se puede entender bien. Una cosa es que un adolescente se fume un porro para "estar", como se dice ahora, con su pareja de turno. ¿Por qué? Porque con el porro se siente más tranquilo, más seguro o si se quiere más animado a enfrentar el descontrol pulsional que significa "estar". Para alguno que no esté muy avivado, "estar" es fifar, garchar, esas cosas que no se deben decir en este horario de protección al menor. Vale decir que en ese caso, el porro, la cerveza, el fernet con Coca Cola, es un instrumento para un descontrol controlado. "No lo hice yo, lo hizo el Fernet". "No lo hice yo, lo hizo el porro". "Estaba borracha cuando estaba con él". Ahí fijense que el diablo es proyectado por identificación proyectiva naturalmente en el instrumento químico que corresponda. Pero hay otra dimensión que también es muy frecuente en la adolescencia, que es la necesidad de estar en diálogo con un objeto malo. Y ese objeto malo, ¿es el diablo? No muchachos, es Dios, es el superyó. Esto es lo más llamativo, que aquello que ha sido invocado para ejercer la custodia deviene en una droga, deviene en un partener sadomasoquista, deviene en un superyó, como diría Benito López perverso, que martiriza al yo, que lo hace cortarse, que lo hace querer suicidarse, que lo hace querer sacrificarse, que lo hace querer aislarse, retraerse, o que lo hace querer poder por la vía del ejercicio de una posesividad singularísima que es, supongamos, ser dueño de la marihuana, o ser dueño de la cerveza, o ser dueño de la cocaína, o ser dueño del éxtasis, o ser dueño del MDMA, esas cosas.

Si soy dueño de ese objeto, y ese objeto es dueño de mí, yo soy todo tuyo, porque vos sos todo mío, *je suis tout à toi*. Esta frase es buenísima. No es mía, es de Christiane Rochefort. Es una frase de cortesía francesa, pero que se puede tomar literalmente. "Soy todo tuyo, para que me hagas lo que quieras, y soy tu esclavo". Y este personaje que se invoca cuando uno dice soy todo tuyo, o es un muerto vivo, o es una droga, o es un

superyó sádico, que lleva a estos chicos o estas chicas a sacrificios, a penitencias, a cortarse, a lastimarse, a tomar una purga, a sacrificarse para bajar un kilo, a sufrir el bullying de un grupo de amiguitas lideradas por una psicópata, a lo que fuere que ocupa este lugar de objeto malo, desde una posición moral. Por eso es Dios.

Ojo, yo no estoy hablando de religión. Quiero que me entiendan que estoy tratando de plantear con Dios y el diablo, que para mí no son figuras religiosas, yo no creo en esas cosas muchachos. Pero sí me parece que representan con claridad estas dimensiones de la confusión tan frecuente y presente en la adolescencia, que muchas veces es confusión de contenidos y muchas veces es confusión de fines.

Y esto es lo que estoy tratando de proponerles. Una cosa es la confusión de contenidos, del descontrol controlado, de la fiesta del viernes o la fiesta del sábado, en donde: "Resulta Carli que me emborraché y me la mandé". "¿Qué hiciste?" "Y me la mandé". "No me digas". "Y sí, no sé qué hacer. Pero bueno, yo estaba borracha".

La culpa la tiene el alcohol o el analista. ¿Por qué no? "La culpa la tenés vos, que no me dijiste que yo no tenía que hacer estas cosas". Esto es confusión de contenidos. Es identificación proyectiva común y corriente.

La otra: "Tengo que decirte que me estoy cortando". "Tengo que decirte que tengo fantasía de suicidio". "Tengo que decirte que me tomé una purga y voy a tener que ir al baño ahora". Eso ya es una confusión de fines. La famosa "mal sé tú mi bien". En donde uno endiosa al mal o diaboliza al bien que es lo mismo.

No sé si de alguna manera te respondí, Daniel. Creo que sí.

Valeria Apel: Justamente ese final es la respuesta, diabolizar el bien, que el diablo ahí no aparece como la sexualidad infantil, sino la idealización de la maldad.

Carlos Moguillansky: Sí, exactamente. Vale decir es como una especie de transformación moral de la crueldad. O si quieren, transformación cruel de la moral.

Liana Ubaldini: Agradecerte realmente la capacidad que tenés de comunicar conceptos complicados de una manera clara. Me maravilla. Yo pensé cuando no hay creencia. No pensé solo en la adolescencia. Pensé en material clínico de un niño que no acepta ningún límite para nada porque él no tiene miedo a nada, dicen los padres. "No podemos con él". En el sostén que ejerce la creencia. No sé si llamarías así lo que uno después llama como función paterna, Edipo, lo que sea. Quiero decir, en la estructuración subjetiva, el valor que tiene la creencia.

Carlos Moguillansky: Interesante la pregunta que haces. Interesante el caso porque me parece que la tentación inicial ante esto es: A este chico le faltan límites. Necesito un padre que los ponga. La segunda versión que me convence, por lo menos a mí mucho



más, es: A este chico le falta contención. Necesita una mamá. Son dos herramientas distintas. Me parece que muchas veces la figura de los padres de la infancia opera más como contención, lo que Bion llamaría *containing*. La famosa letra C que a veces está tachada en Bion. La función continente que da un ámbito de sostén. Lo pueden pensar también desde Winnicott si quieren, el *holding*. Pero da un ámbito de sostén que cuando no está produce una incontinencia muchas veces eufóricamente asumida como un ser sin límites que curiosamente sufre de muchísima culpa porque esos pibes son terriblemente castigados.

No es cierto que no tienen límites. Los encuentran en cada pared con la que se chocan y los sufren en casa con abusos de todos los colores, con violencia física me refiero, hasta en el colegio donde se comen todas las penitencias y las expulsiones del mundo. Es curioso porque ahí se ve bien como un fenómeno de incontinencia, que no es otra cosa que un fenómeno de impotencia ante una potencia que no se está ejerciendo, que no está funcionando, en este caso supongamos la potencia familiar de contener a una criatura. Expone a una ansiedad persecutoria tan intensa que mueve al chico a buscar la contención en una pared y produce incluso en adolescencias, por lo menos lo que yo he visto, una cierta adicción al riesgo. La famosa adicción al riesgo, el motociclista por ejemplo, está terminando contra un camión o el pibe que necesita mostrar que es muy poderoso y se termina encontrando con un chico de la calle que sabe pelear mejor que él y le hace un tajo de la loma al bajo. Los he visto, pacientes míos que se creyeron que eran vivísimos y terminaron teniendo una experiencia súper desagradable con alguien que no había ido a ninguna academia de taekwondo pero sí sabía usar un pico de una botella. La vida le había enseñado mejor a pelear. Me parece que es importante, por eso creo que hacen falta discusiones clínicas en este sentido porque me parece que muchas veces nos metemos en barullos sobre si se trata de la ley de la disciplina o se trata de la ley de la contención.

Liana Ubaldini: Pero en la construcción de una clínica, hay un momento en que los chicos dicen: "La seño no me deja". En este caso es un niño de dos años, tres años como vos decís, seguramente se pegan muchos chichones contra las paredes. Me llamó la atención que lo llamás contención, que entiendo perfectamente pero, ¿qué significado le das a contención?

Carlos Moguillansky: ¿Qué es contención? Te la puedo graficar en el campo del psicoanálisis. Me parece que la contención es la capacidad que tiene un analista de no devolver la piña. Lo que diría Klein, no devolver la identificación proyectiva. Hoy estoy muy kleiniano me di cuenta pero es buena la recomendación de Klein, poder amortiguar el impacto de esa identificación proyectiva y poder devolverla desintoxicada, transformada más bien en un significante en camino a encarnarse. Me gustó esa frase.



Berta Sola: Carli, siempre me sorprendes bellamente. Sabes despertar como una admiración por cómo vos podés pensar desde la complejidad desde tantos vértices, pero con una virtud que lo bajás a la sesión, a lo que nos pasa y además con la calle. Dar una piña a alguien, esto que recién acabás de decir. Ahora, a mí se me disparó muchas ideas y muchas no las pude seguir, no las entiendo. Se me dispararon también muchas cosas sueltas. Pensé que vos hablaste de un misterio al inicio y lo interesante que podés transformar el misterio en enigma porque el misterio siempre es un no saber y aceptar un no saber y ahí uno puede ir por el lado de lo que Bion llama la fe. No en el sentido religioso, sino eso que es la fe. Ahora, dentro del enigma traes hábilmente cómo transformar aquello que no tiene salida, una aporía en un enigma y el enigma permite empezar a pensar, a hacer un recorrido. Entonces, de todo esto que aparece te pregunto algunas cosas. Vos dijiste que ciertas aporías, sería aquello que hay que dejar la sexualidad infantil apartada, no proviene de la cultura como prohibición, sino de lo familiar. Ahora, lo familiar ¿no hace estar presente la cultura? Entonces aparece la pregunta de cómo ubicar acá en este juego, sobre todo en el adolescente, la construcción de la subjetividad social que está muy ligada a todo lo epocal. Eso por un lado y la otra es que vos traes la representación efectivamente como un nombre pero que es un proceso que se da en ausencia. La representación es una ausencia de algo y en el trabajo con los adolescentes hablando de lo semejante, todo esto tan hermoso que trajiste está el tema de cómo uno como analista trabaja las presencias porque el adolescente tiene que hacer un camino de las presencias de lo que vive a representaciones, desde las cuales podrá tener más o menos control. Y lo que te agrego que me parece una maravilla, lo que hablaste de la identificación introyectiva en Meltzer que es misteriosa pero que habla también de lo que se aprisiona lo que se posee al objeto, a la pareja combinada, lo que fuese y el darles libertad. Ese dejar ir que lo pintaste tan bien con la musa, con lo que nos inspira, con lo que nos permite pasar de la potencia, yo creo, poder a la potencia como un poder hacer. Por eso el debut, ese poder hacer es muy importante.

Carlos Moguillansky: Muchas cosas decís, no sé si puedo agarrarlas. Voy a ver si agarro alguna. Las presencias en la adolescencia creo que se parecen mucho a los juguetes y me parece que una dimensión adolescente del juego se ve en el grupo de pares. Esto también se ve en el consultorio en donde muchas veces hay muchas presencias, no solo están el paciente y el analista. Hay tres o cuatro figuras más que siempre están dando vueltas en el medio del consultorio en la transferencia. Eso importa sobre todo porque ahí hay un interjuego de imágenes y de intercambios y sobre todo de proyecciones que funcionan un poco como los ositos de peluche. Para un nene el osito puede ser, por ejemplo, él mismo cuando le dieron la inyección. Entonces él puede jugar a darle las vacunas al



osito cuando le dolió la última inyección que le dieron en el consultorio del pediatra. Así funciona el grupo. Son presencias. ¿Para qué sirve eso? ¿Para qué sirve ese recorrido, ese interjuego, ese juego que se da con diferentes personajes que contienen cada uno a su turno o algún aspecto de la realidad emocional de una persona? Sirve porque en algún momento eso deviene un significante a ser encarnado. Es decir, deviene en una abstracción que circuló a través de los juguetes o a través de los personajes del grupo o a través de las vivencias, a través de las experiencias del joven o de la joven hasta que en algún momento eso deriva, deviene en un significante a ser encarnado. ¿Qué es eso? ¿Qué es un significante a ser encarnado? Es la divinidad. En el sentido de que es un significante, que tiene el valor de musa, que tiene el valor de sospecha creativa. Me parece que es por acá, que tiene el valor de hilo de Ariadna en el medio del laberinto y que permite de alguna manera orientar a un adolescente, orientar a cualquiera de los psicoanalistas que estamos acá dando vuelta, en una determinada dirección de la clínica o de la vida. Ese significante encarnado es elegido por el cuerpo, es elegido por la persona, es elegido por el equipo pulsional de la persona, del joven porque de alguna manera lo representa, se siente movido por. Por eso, permite que el significante se encarne mientras el cuerpo se enletra. Es decir, esa musa funciona como musa porque uno se ordena en ella y entonces en función de esto, uno puede decir: "¡Ah! Ahora entiendo por qué a mí me gustaba jugar al ajedrez". Caso personal. O "ahora entiendo por qué me gustaba estudiar medicina". "Ahora entiendo por qué me gustaba escribir". Todas cosas que a mí me gustan y que tienen que ver con la musa mía que es distinta de la de los demás. Eso está claro. No es una identificación. Produce identificaciones que no es lo mismo. No es una elección de objeto, produce elecciones de objeto. No es un deseo, ordena al deseo. Le da como proyecto o consistencia. Me parece que es por ahí. Y eso me parece que con justicia se lo puede llamar significante encarnado.

Mariana Cura de Dodds: Te agradecemos mucho Carli que estés acá. Súper interesante, da para seguir y seguir. Muchas gracias.

Graciela Andrés: Muchas gracias Carli, gracias por estar hoy. Súper interesante. Hay miles de ideas para seguir. Muchas gracias por estar ustedes también hoy. Nos vemos en 15 días.